Hegak

Estel

Image not found.

Capítulo 1

Hegak

Iban a Roqueño en los campos más verdes, desde donde podían apreciar la infinidad de su alegría. Oían hablar a los grillos en Brea, la estera de corteza que sedaba las narinas con su caricia resinosa. Miraban las estrellas sobre el tapiz negro azulado que se tejía sobre sí mismo desde el inicio de los tiempos, hasta el momento en que sus ojos se posaban en él, en paz, al ritmo del girar imperceptible de las noches.

Volaban casi tanto como andaban. Andar con los pies descalzos por terraplenes y planicies, o por los abundantes hilos de agua que bañaban Ev con chapoteo y burbujear ininterrumpido colmaba el pecho de Lok.

No envidiaba las alas de Hegak: una pluma suya-no sabía si gris o si bruna bajo los rayos indecisos del sol-, y se elevaba por los aires sin necesidad de batir los delgados brazos. Entonces sentía el vaho de las nubes en su pelo y detrás de las orejas, y salvaba las ráfagas (imitando el movimiento de las ranas bajo el agua) hasta percibir la estela invisible del poderoso aleteo de Hegak, magnífico en su envergadura, que casi rebasaba su propio tamaño. Su amigo estiraba el cuello largo, su pico negro era obsidiana ascendida en los espejos del mar reflejante de cielo. Lok admiraba su belleza, la sabiduría ancestral que nutría su alma cuando remontaban las Tierras Altas, y aun cuando descansaban al amparo de las ramas del árbol Kahoy; pero no lo envidiaba. Es que él, Lok, no necesitaba guardar pedruscos bajo su almohada, pues tenía los muros pétreos que labraban los suspiros del mar, impregnados de uñas salinas. Y no necesitaba escudriñar el pozo con intención de pedir un deseo, ya que al levantarse con deseos, las aguas del pozo estaban ahí para lavarse. Era ligero como el viento, y Ev era siempre su hogar.

Pero ahí existe la muerte.

Una noche, algo se cerró sobre el tenue parpadeo de sus amados cúmulos de estrellas: fue una sombra que Lok no comprendió. Se fue a dormir. ¿O es que había despertado? Lok no comprendió.

***

-¿Por qué papá quiere dejar su cuerpo allá?-solloza Jaswinder Satnam. La

madre, ojerosa, con los ojos secos de lágrimas, enfurece por la pregunta.

-Nuestra religión lo dicta.-dice y ya.

Detrás de la cortina, Farrokh agoniza. Su carne se ha convertido en un vestigio de la ruina que acarrea consigo el cáncer, devorándole los órganos desde adentro. La vívida peste de la enfermedad repta por el suelo, se ventea con las brasas del hogar, y se esparce como un incienso nauseabundo y mórbido en cada rincón. Jaswinder trata de evadirlo, metiendo la cabeza bajo la cama, jugando con el muñeco de plástico que se encontró, como otras tantas cosas, flotando en el río. Aquel bote de remos lo lleva a la escuela todos los días. Toma el juguete y lo hace hablar, y lo mete debajo de la alfombra, queriendo hacerse así de pequeñito. No hay escapatoria. El olor se filtra, se infiltra, le inunda los pulmones, le llama por su nombre y le dice que ya casi termina: los estertores, los rezos de la madre. Pero sobre todo ese olor insoportable.

De noche, cerrando abatido los ojos, trata de imaginar… la forma de papá sobre esa triste columnata… ¿por qué quiere papá dejar su cuerpo allá? No lo sabe, pero ya no se atreve a preguntárselo a su madre.

El cortejo recorre la vereda que el tiempo casi ha logrado borrar. Cargan entre todos a Farrokh Satnam, sin ataúd, y suben tambaleándose los estrechos peldaños de la solitaria torre gris. La luz del sol entra en los niveles superiores, la trampilla está abierta. No hay techo alguno, y así, en esas alturas, debe entregarse a la muerte al hombre honrado, dicen los viejos. Sus amigos rezan y se marchan al poco tiempo, y la torre queda en silencio.

Una hora después, llega volando el buitre. Despliega el abanico de sus alas leonadas, se posa suavemente en la roca besada por el calor del día… Y fue una sombra que Lok no comprendió. Se fue a dormir; ¿o es que había despertado?

-¡Hegak!-exclamó. Su voz salió como un murmullo de aquellos labios yertos-¿dónde estabas?... ¡qué triste me siento!

-Triste te ves, amigo, en esa cáscara de piel que se agotó.

-Soy muy desgraciado -dijo Lok-. Mi corazón se estruja. Me he aferrado a una vida trémula, noche y día, deseando escapar de lo horrendo que acecha debajo de las piedras y de las sonrisas; buscando regresar…regresar…y sin saber a dónde. Expulsado en una aflicción que nunca supe explicar. Y al final de mis días, el estremecimiento… la larga nota de un tormento que me hizo lo que ves ahora. ¿Pero dónde he estado? ¿Por qué no me escuchabas? ¿Por qué esperaste tanto tiempo?

-Tan sólo hoy podía acudir a tu llamado.-dijo el buitre.

-Siempre sentí que estaba en otro lado… jamás me sentí en casa en este…lugar… ¿qué ha pasado? Estaba en Ev, recostado entre las raíces de un tejo, ahí sobre la colina que marca el comienzo de la Fronda del Tiempo, y ahora…creo haber imaginado todo el llanto, las dunas, los templos, un niño a través del cortinaje… ¿los he soñado acaso?

Hegak dijo:

-Es que no hay despertar ni hay sueño en el limbo de gritos y destellos que es el nacimiento. Moriste en Ev, y sólo yo puedo llevarte de regreso en mi vientre.

-¡Ya lo recuerdo!-musitó Lok. Aún en el limbo de los que nacían, había anhelado volver. Y la torre de piedra era su faro, el cual había llevado a Hegak hasta él para surcar el éter lado a lado, una vez más.

Su voluntad era clara para Hegak. Este dio unos pasos hasta situarse sobre la gélida silueta que yacía en el centro de la plataforma, y comenzó su devoradora labor. Primero arrancó el corazón, con lo cual Lok dejó de sentir aquella masa de nervios y tendones inertes; luego engulló las entrañas, liberando a Lok de su tristeza. Cuando todo lo que quedaba eran los huesos, desperdigados al sol, Lok aguardaba ya en el pecho de Hegak, envuelto en el capullo de sus costillas, protegido por un sanguino zumbido, agradecido por su calor vital… sentía el latir de la antigua emoción que, felices ante los campos de Ev, los hacía reír a carcajadas unos segundos antes de remontar el vuelo.